

bra. ¿Qué es en sustancia esta palabra? Nada mas que viento.

Pues, ¡famoso cálculo por cierto, el del honor! ¿El que muere el miércoles, escucha el jueves al honor, lo siente, lo palpa? No. ¿Es verdad que el honor es el enemigo natural de todos los que viven? Sí. Pues entónces, renuncio al honor, supuesto que no es mas que un fúnebre y vano escudo.

Penetrado bien de estas máximas el buen Sir Juan, las puso en práctica en la primera batalla en que se encontró. Apénas comenzó la refriega, cuando se dió por muerto y se cubrió aunque con dificultad, con el cuerpo del primero de los contrarios que cayó sin vida en el campo. En el momento que se acabó la batalla, Sir Juan resucitó y contó á todo el mundo que habia sostenido un combate singular y sangriento hasta vencer y matar al infeliz guerrero con cuyo cuerpo se habia guarecido.

Poins y Bardolph eran dos *veteranos*, como suele decirse, que vivian á costa del príncipe, cometiendo diariamente por su cuenta grandes felonías en los caminos reales, burlando las pesquisas de la justicia, y cuando solian caer en sus manos apelaban al influjo del príncipe y gozaban al fin de la mas completa impunidad.

Pistol era un capitán borrachon y pendenciero; á los cinco minutos de haber entrado Pistol en una taberna era forzoso que las sillas y los vasos volaran por el aire, que las espadas salieran de la vai-

la y que la pendencia terminase con dos ó tres astimados, tal vez con algun muerto. La justicia necesariamente intervenia, pero siempre se hallaba pronto y listo el príncipe para dispersar á los corchetes y salvar á sus amigos.

Miss Quickly era una muger buena y sencilla en el fondo que respetaba y adoraba al príncipe y creía á puño cerrado todas las hazañas de Sir Juan Falstaff. Para ella Sir Juan era el tipo del valor, del talento, y de la honradez. El enorme vientre y las rojas narices del caballero, le parecian perfecciones con que lo habia dotado la naturaleza.

Como Sir Juan comia mucho y bebia todo el dia y toda la noche, las cuentas de la taberna subian á una cantidad enorme, y como hemos dicho que Sir Juan no era muy esacto para pagar á sus acredores, la pobre Miss Quickly sufría enormes quebrantos y compromisos que la llenaban de impaciencia y la hacian por un momento renegar del caballero, hasta el grado de ponerle demanda ante la justicia; pero Falstaff, hombre de habilidad y de mundo, hacia dos ó tres cariños á la dueña de la taberna, la miraba tiernamente con sus ojitos inyectados y le prometia casarse con ella.

Toda la cólera y mal humor de Miss Quickly acababa como por encanto, con la risueña y dorada esperanza de casarse con un caballero amigo y favorito del príncipe de Gales.

Tales eran los compañeros y amigos del prínci-

pe Henrique, según los dejó admirablemente dibujados Shakspeare.

Con la muerte de Ricardo hemos dicho que Henrique IV quedó seguro en el trono; pero los gérmenes de la rebelión no se sofocaron enteramente.

Los escoceses, aliados con los franceses y mandados por Jacobo Douglas y Juan de Viena, invadieron la frontera. El rey de Inglaterra les opuso un ejército respetable y ambas fuerzas se encontraron en Otterburn. La batalla fué muy sangrienta.

El conde Douglas mirando que sus soldados flaqueaban y estaban ya en momentos de huir y desorganizarse, tomó su grande maza, picó los hileres de su caballo y matando, hiriendo y derribando se abrió paso por en medio de los escuadrones enemigos. Esto alentó á los demás combatientes. Cada gefe procuró animar á sus soldados, los que se organizaron de nuevo y acometieron con mas brío y denuedo á sus contrarios.

El conde Douglas sin embargo de su gruesa armadura, de su valor indomable, y de la fuerza hercúlea de su brazo, que dejaba de cada golpe dos ó tres soldados tendidos en el campo, cayó herido mortalmente, pudiendo solo con mil esfuerzos arrastrarse hácia el punto donde podían acudir y socorrerlo sus amigos. (\*) Llegó en efecto en esos momentos el caballero Sinclair.

(\*) Walter Scott.—*Tales of a Grand-Father.*

—¿Cómo os va, primo? le dijo, acercándose y procurando levantarlo.

—Perfectamente, respondió Douglas, ya casi moribundo. Ocultad mi muerte al ejército; empuñad la espada, corred y atacad de nuevo á los ingleses y la victoria será nuestra, porque así lo ha dicho una vieja tradición de mi familia.

Sinclair sin aguardar que espirase su gefe, montó de nuevo á caballo, reunió á los gefes y acometió á los ingleses, gritando: *Douglas y Victoria*, los desorganizó enteramente cayendo prisioneros Ralph y Henrique Percy (\*), hijos del conde de Northumberland. La batalla quedó indecisa y los dos ejércitos perdieron muchos soldados y sus mas valientes y afamados gefes, sin que nadie pudiese decir de parte de quién habia quedado la victoria.

Archivaldo, conde de Douglas, é hijo del que hemos visto morir tan valientemente en la batalla de Otterburn, deseoso de vengar á su padre, reunió un cuerpo de diez mil hombres y entró con bandera desplegada en las fronteras de Inglaterra; pero los hijos del conde Northumberland, prisioneros en la anterior batalla y que se rescataron como se usaba entónces, mediante gruesas sumas de dinero, reunieron prontamente un ejército, atacaron á los es-

(\*) La familia de los Percy ha sido y es de las mas nobles y antiguas. (Walter Scott en la historia de Escocia.)

coces en las alturas de Homildon y los derrotaron completamente. Archivaldo, un poco menos desgraciado que su padre, perdió un ojo en tal batalla y cayó prisionero en manos de los Percy.

Todos estos acontecimientos aumentaron el poder, la gloria y el brillo del reinado de Henrique IV, que si bien al tiempo de subir al trono se manchó con el crimen de la usurpacion y del asesinato, procuró despues por el valor, el talento y la prudencia grangearse el amor del pueblo y de la nobleza.

Pero los mismos elementos que servian á los soberanos para cimentar su poder, para ganar batallas y para hacerse temidos y respetados dentro y fuera del país, se convertian à veces en su contra y les hacian débiles y en la realidad vasallos y tributarios de los condes, de los duques y de los barones.

Cada uno de los señores feudales de esos tiempos tenia dos ó tres castillos bastante fuertes, y puede decirse inespugnables, atendidas las armas que entonces se usaban.

Ligadas estrechamente las familias, podian disponer no solo de sus vasallos, sino de los de sus deudos y amigos, de manera que cuando se ofrecia una campaña se levantaban en momentos y como por encanto multitud de lanceros cubiertos de hierro y acero, é innumerables peones y archeros, que

parapetados llegado el caso, detrás de gruesas estacadas, descargaban una nube de dardos y de flechas contra la caballería enemiga.

Si todas estas fuerzas, al ménos su mayoría, eran adictas al soberano, entónces el trono estaba firme y su poder y su gloria asegurados; mas si por el contrario, el mayor número de esos guerreros abrazaba con cualquier pretexto el estandarte de la rebelion, entónces no quedaba otro recurso al monarca que aventurar su corona al peligroso é incierto juego de las batallas.

Llegó la vez de que la familia de Northumberland, poderosa por la situacion de sus Estados en la frontera; por el valor de los hijos del conde y por sus alianzas y relaciones con otros señores igualmente poderosos, se disgustara con el rey y levantara el pendon de la revuelta.

Henrique IV por su parte, valiente y decidido á no dejarse destronar con la misma facilidad que él destronó à Ricardo II, reunió á sus partidarios y á sus amigos, levantó un ejército tan numeroso cuanto le fué posible y marchó á la campaña con esa firme é irrevocable decision que le inspiraban las circunstancias mismas que lo habian elevado al trono.

Pero lo que mas affigia al rey en medio de esta tempestad que tronaba sobre su cabeza era la conducta de su hijo. Antes de partir lo llamó á su presencia.

El príncipe Henrique, que habia pasado la noche en su taberna favorita bebiendo vino generoso de España, charlando con los cortesanos, burlándose y tratando de hacer perder la paciencia al buen viejo Falstaff, se dirigió lleno de mal humor y de impaciencia, pensando oír, pero no escuchar, el largo sermón de su padre. Al llegar delante del rey se hincó y le besó la mano.

El rey con tono grave, pero afable, le tendió la mano.

—Tenia, le dijo, un gran peso en el corazón y deseaba verte. ¿Sabes lo que pasa en mis Estados?

—Lo sé, señor.

—No, no lo sabes, Henrique, le interrumpió el rey, porque si lo supieras, habrias venido á encontrarme antes de que te llamase. Los grandes y poderosos señores del Norte se han rebelado contra mí, ó mejor dicho, contra tí; porque si yo he defendido mi corona, porque si voy á defenderla todavía en el campo de batalla, es para dejártela á tí que eres el heredero y el destinado por Dios para regir este pueblo y para gobernar á estos barones ambiciosos y turbulentos.

—Yo supongo, señor, contestó el príncipe, que os habrán venido á escaserar mis alegrías, ó si se quiere mis locuras; pero os juro . . . .

—Nada de juramentos, hijo mio, volvióle á interrumpir el rey.

—Voy á decirte ahora, Henrique, continuó tomándole una de las manos y llevándola junto á su corazón, lo que nunca te habria dicho.

Ni los cuidados del gobierno, ni la ingratitud de los hombres, ni las rebeliones contra mi trono, ni los peligros y azares de las batallas, me asustan ni me afligen; solo tú me tienes traspasado continuamente el corazón.

Tú no me amas, Henrique; tú conspiras contra mí; tú eres el amigo y el partidario de mis enemigos.

—¿Os han dicho eso, señor? Sí, os lo han dicho; pero vos, señor, seguramente no lo habreis creído. Mirad en mi fisonomía, leed en mis ojos, y si encontráis el disimulo, el dolo ó la traicion, castigadme desde ahora y mandadme cortar la cabeza, ó encerradme para todos mis dias en la Torre.

El rey levantó la cabeza y miró un momento frente á frente á su hijo.

—Es verdad, Henrique; si los ojos son el espejo del alma, no hay nada en los tuyos que revele el disimulo y la traicion; pero ¿sabes quiénes son nuestros contrarios?

—Lo sé, señor; los enemigos de V. E. son Hotspur y Douglas.

—Douglas, continuó el rey, ha sido puesto en libertad á condicion de que ausilie con su brazo y con su tropa á los que se han sublevado, y viene al

suelo de Inglaterra á vengar le muerte de su padre el valiente Jacobo.

—Hotspur es quien le ha dado la libertad, dijo el príncipe. Hotspur es el guerrero de la época, el modelo de los valientes, la flor de los caballeros, el tipo del honor y el lustre de su casa.

—Todo eso es cierto, muy cierto, dijo el rey tristemente, inclinando la cabeza.

—Comprendo perfectamente, dijo el príncipe. ¿No es verdad, señor, que vos querriais que Hotspur fuese el hijo de Henrique IV?

—No, Henrique, no, dijo el rey conmovido, lo que querria es, que el heredero de Henrique IV fuese como el hijo del conde de Northumberland.

—Basta, señor, dadme vuestra mano y permitidme que os acompañe á la batalla.

Apénas salió el jóven, cuando entró Sir Thomas Blunt, acompañado de otros dos caballeros.

—Venimos á suplicar á V. M., le dijeron inclinándose, que nos mostreis el casco, el plumage y la armadura con que debeis presentaros á la batalla.

—Con mucho gusto, Sir Thomas, respondió el rey; pero á mi vez os preguntaré ¿cuál es la causa que mueve vuestra curiosidad?

—V. M. nos permitirá que no le digamos ni una sola palabra mas sobre esto, sino despues que termine esta guerra, que no puede ménos de concluir

sino con el castigo de los rebeldes y con el triunfo completo de las armas reales.

Los caballeros se retiraron y el rey dió orden para que les enseñaran las armas, el casco, la armadura y el caballo que debian de servirle en la campaña.

El príncipe salió conmovido con la conversacion que habia tenido con su padre; pero á poco recobró su alegría y dispuso su marcha acompañado de sus amigos, sin faltar por supuesto el alegre rollizo Sir Juan Falstaff.

Pocos dias despues de estos sucesos el ejército contrario mandado por Henrique Percy á quien por su valor y su carácter llamaban Hotspur (\*) y por Archivaldo Douglas, se encontró con el ejército real mandado personalmente por Henrique IV y por los príncipes de Gales y Lancaster en las llanuras de Skrewsbury.

Todo el afan del conde de Douglas se reducía en la batalla á vengar la muerte de su padre, y esta venganza no la estimaba suficiente ni completa, si no era combatiendo y matando personalmente al rey de Inglaterra.

Archivaldo, como su padre, era valiente, y como su padre fuerte; así es, que imitando al viejo conde, empuñó su espada, hundió las espuelas en los hijares del caballo y se arrojó en lo mas rudo de la

(\*) Hostpur en inglés, quiere decir violento impetuoso.

pelea, abriéndose paso por entre las picias de los enemigos y buscando al rey. Reconocióle por su plumage y su rica armadura, se adelantó impetuosamente á su encuentro y se comenzó un atrevido y sangriento combate.

Douglas venció y mató á su enemigo; pero el vencido no era el rey.

El Lord escocés, mas colérico con la equivocación, siguió revisando el campo hasta que divisó de nuevo el plumage y la armadura del rey. Volvió á poner la espuela á su caballo, acometió á su enemigo y lo derribó en el suelo; pero tampoco era el rey.

Frenético con esta nueva equivocación, vió otro guerrero. Entonces creyó que era llegado el momento de su venganza. La cólera reanimó sus fuerzas gastadas con tanto combate y acometió con rigor á su adversario, el que despues de una defensa desesperada, cayó á los golpes redoblados del terrible escocés. Pero tampoco este caballero era el rey.

— El infierno parece que se conjura contra mí, gritó Douglas. Antes que yo encuentre á Henrique IV, se cansará mi brazo y se romperá mi armadura y mi espada. ¡Ah! pero allí veo otro caballero que parece ser el rey, y si no lo es, por mi nombre de Douglas juro que le de matar á todos los que hayan tenido la desgracia de revestirse con el casco y la armadura reales.

En esta vez Archivaldo no se equivocó, pues habiendo muerto los tres leales caballeros que á costa de su vida salvaron á su soberano, no quedaba ya en el campo otra persona que la del monarca que tuviese la armadura, el casco y el plumage que en toda la batalla habia buscado el vengativo conde.

Henrique IV no solamente se vió atacado por Archivaldo, sino tambien por Hotspur, y aunque se defendia valerosamente, como defiende un rey su corona y su vida, sus dos adversarios eran los mas terribles y esforzados guerreros de la época.

Próximo ya á sucumbir, aboyada su armadura, cansado su brazo de parar y dar golpes, y vacilante y casi vencido su caballo, llegó el príncipe de Gales, el disoluto, el calavera, el cómplice de los bandidos, el amigo íntimo de Talstaff y de Miss Quikly, é interponiéndose entre su padre y sus enemigos, le liberta la vida y comienza á combatir.

— Heme aquí, Hotspur, le dice. El héroe de la taberna de la cabeza del Javalí viene á combatir con el tipo de los caballeros. Prometí á mi padre ser igual al hijo del conde de Northumberland, y heme aquí en el campo de batalla pronto á cumplir mi palabra.

Miéntas el jóven Henrique combatia con el vigor de los guerreros mas diestros y experimentados, el rey se repuso, gritó á sus caballeros y decidió completamente la batalla.

Hotspur, murió según algunos, por el dardo de un arquero que le atravesó el cuello; según otros, por la espada del príncipe de Gales, que al fin lo venció en el combate.

Archivaldo Douglas, merced á la lijereza de su caballo y á la fuerza de su brazo, se abrió campo por enmedio de los enemigos, y huyó, acompañado de otros caballeros; pero al saltar un precipicio, dió en tierra y fué hecho prisionero.

Así concluyó la memorable batalla de Shrewsbury, que destruyó á todos los enemigos de Henrique IV. En cuanto al príncipe de Gales, persuadido de que habia cumplido simplemente con su deber de hijo y de príncipe, y satisfecho con haber vencido no á Hotspur, sino á los enemigos que lo desacreditaban cerca de su padre, volvió á Londres á ocupar su tiempo en sus acostumbradas orgías y á frecuentar la sociedad de la buena Miss Quickly, satisfecho mucho mas con las fingidas hazañas del caballero Falstaff, que con los hechos gloriosos del heredero del trono.

MEMORIAS

## XXI.

## LOS TRES HENRIQUES.

(CONTINUACION.)

Ni las victorias en el campo de batalla, ni las fiestas y regocijos públicos, ni la lisonja de los cortesanos, ni las alhajas y tesoros, pudieron dar á Henrique IV la paz, la calma y la tranquilidad, que no se adquieren sino con una conciencia sana y limpia.

Los últimos años de la vida del monarca, fueron llenos de agitacion y de sufrimientos. Atacado de epilepsia y de una enfermedad cutánea en la cara, su rostro, que habia sido imponente y lleno de magestad, se puso deforme y repugnante. El mas leve disgusto le ocasionaba un ataque violento que